

# RELIGIONES EN DIÁLOGO: CAMINOS DE PAZ

TÍSCAR ESPIGARES<sup>1</sup>

*RESUMEN:* En un mundo cada vez más globalizado, las religiones han reencontrado la importancia, y la urgencia, de dialogar y afrontar en sintonía los grandes desafíos que afectan a la humanidad: la guerra, la pobreza, el cuidado del medioambiente, etc. El presente artículo describe la historia reciente del diálogo interreligioso a partir del encuentro de Asís, promovido por Juan Pablo II, y del desarrollo del «Espíritu de Asís» a través de los encuentros anuales por la paz que organiza la Comunidad de Sant'Egidio.

*PALABRAS CLAVE:* diálogo interreligioso; espíritu de Asís; Juan Pablo II; comunidad de Sant'Egidio; paz.

## *Religions in Dialogue: Paths of Peace*

*ABSTRACT:* In an increasingly globalized world, religions have rediscovered the importance, and the urgency, of dialogue and of facing together the great challenges that affect humanity: war, poverty, care for the environment, etc. This article describes the recent history of interreligious dialogue since the meeting in Assisi, promoted by John Paul II, and the development of the Spirit of Assisi through the annual meetings for peace that the Community of Sant'Egidio has held since then.

*KEY WORDS:* interreligious dialogue; spirit of Assisi; John Paul II; community of Sant'Egidio; peace.

No hay duda de que el diálogo entre las diferentes religiones es un fenómeno que experimenta su mayor impulso a partir del siglo XX. A lo largo de los siglos anteriores los diferentes mundos religiosos se habían «ignorado» y hasta «combatido», aunque ciertamente sí que existieron momentos de convivencia e intercambio muy ricos, como por ejemplo los que experimentaron algunas iglesias orientales durante los siglos VIII y IX, minorías cristianas en medio de sociedades dominadas por el islam (es famoso el diálogo entre Timoteo, patriarca de la iglesia de Oriente, y el califa al-Mahdi sobre el significado de las diferentes creencias religiosas (cf. Jenkins, 2016,

---

<sup>1</sup> Comunidad de Sant'Egidio. Correo electrónico: tiscar@santegidiomadrid.org.

pp. 42-43), en lo que hoy sería Bagdad, donde la comunidad cristiana apenas sobrevive).

Pero ciertamente podemos identificar dos acontecimientos del siglo XX que han marcado profundamente el rumbo del diálogo entre las religiones.

En primer lugar, el Concilio Vaticano II, con la declaración *Nostra Aetate* (octubre de 1965), que marcó de forma clara una nueva actitud de la Iglesia hacia las religiones no cristianas. En las páginas de este texto conciliar aparece con claridad el sueño de Dios para el mundo, presente desde la creación: la unidad de la familia humana. La Iglesia es instrumento de este sueño, su lazo con las demás religiones y con todos los pueblos se inscribe en las profundidades de esa unidad escondida en la historia de la familia humana que todavía debe manifestarse hasta su plena realización.

Con el Concilio, se pasó de la simple tolerancia de principios del siglo XX, dictada por motivos de bien común y de paz social, al diálogo respetuoso, a la estima teológica y a la colaboración para promover la paz, la libertad y el horizonte espiritual de los hombres.

Es curioso que al principio la idea era simplemente emitir un decreto sobre los judíos, pero como las iglesias católicas orientales tenían miedo de las reacciones hostiles por parte de las poblaciones árabo-musulmanas, sobre todo por la cuestión palestina, sugirieron la oportunidad de extender el horizonte a las demás religiones, en medio de las cuales muchas iglesias cristianas se encontraban viviendo en Asia y África, para así dejar de referirse a ellas como «paganas» o «infiel».

Como dice la declaración conciliar *Nostra Aetate*:

La Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, por más que discrepen en mucho de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres. Anuncia y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo, que es «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas. Por consiguiente, exhorta a sus hijos a que, con prudencia y caridad, mediante el diálogo y colaboración con los adeptos de otras religiones, dando testimonio de fe y vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socio-culturales que en ellos existen. (*Nostra Aetate*, 2)

Esta nueva forma de entender la relación con las otras religiones se percibe claramente en las palabras que Pablo VI dirigió a los representantes de las religiones no cristianas en su viaje a la India el 3 de diciembre de 1964:

No debemos encontrarnos como meros turistas, sino como peregrinos que salen a encontrar a Dios; no en edificios de piedra, sino en corazones humanos. El hombre debe encontrar al hombre, la nación encontrar a la nación, como hermanos y hermanas, como hijos de Dios. En esta mutua comprensión y amistad, en esta sagrada comunión debemos también empezar a trabajar juntos para construir el futuro común de la raza humana.

El paso de la desconfianza a la simpatía y a la colaboración con las demás religiones se presentaba como un «signo de los tiempos», de esa Iglesia que se abría al diálogo con el mundo.

El diálogo propuesto no se concebía como una táctica, sino más bien como el camino para un auténtico conocimiento mutuo: conocimiento del cristianismo por parte de los otros creyentes y para una mejor comprensión de las demás religiones por parte de los católicos. Es cierto que surgieron algunas dudas puesto que algunos pensaban que, si se reconocía que las demás religiones también eran vías de salvación, dejaría de ser obligación primaria de la Iglesia llevar todos hacia Cristo. Pero estas posiciones no respondían ni a la letra y ni al espíritu de lo que el Concilio había propuesto. De hecho, Pablo VI, en conversación con Pietro Rossano (gran biblista y obispo auxiliar de Roma para la pastoral de la cultura), decía que «el fin del diálogo es manifestar a los hombres el amor de Cristo» (Comunità di Sant'Egidio, 2011, p. 28)<sup>2</sup>.

De esta manera, maduraba dentro de la Iglesia el carisma del servicio a la unidad y a la fraternidad entre los pueblos de la tierra, y este carisma se llevaba a cabo precisamente a través del diálogo entre personas de diferentes religiones. Surgía así, por ejemplo, un nuevo organismo en la curia romana, el «Secretariado para los no Cristianos» (creado por Pablo VI en 1964, que en 1988 Juan Pablo II lo convertiría en el Pontificio Consejo para el Diálogo Inter-religioso), un organismo que ya evocaba una dimensión nueva, diferente de la de la misión, por supuesto sin debilitarla ni mucho menos negarla.

El segundo gran acontecimiento que ha marcado el fuerte impulso del diálogo entre las religiones es el histórico encuentro en Asís del 27 de octubre de 1986 promovido por Juan Pablo II, cuando por vez primera en la historia se reunieron los representantes de las principales religiones mundiales para rezar por la paz. Este encuentro representó la primera realización concreta, la primera gran expresión de esa nueva actitud de la Iglesia hacia las demás religiones que el Concilio había indicado.

---

<sup>2</sup> La traducción de las citas del italiano es de la autora de este artículo.

1986: nos encontramos en el contexto de la guerra fría que mantenía el mundo dividido en dos bloques, y con la amenaza de una guerra nuclear. Juan Pablo II intuye que las religiones tienen un papel importante que desempeñar en la escena pública, un papel que puede marcar la vida de los pueblos. Por otra parte, la ONU había designado 1986 como el Año Internacional de la Paz. Y, ¿por qué Asís? Porque allí todo habla de Francisco, singular profeta de paz, amado no sólo por los cristianos sino también por creyentes de otras religiones y por mucha gente que, aún lejana de la religión, se reconoce en los ideales de justicia, de reconciliación y de paz que fueron suyos.

Juan Pablo II concibe la idea de convocar a los representantes de las grandes religiones mundiales para invocar esa paz que los hombres no saben darse. Ya el 25 de enero de 1986, en la homilía de la conclusión del octavario de oración por la unidad de los cristianos, desde la basílica de San Pablo, Juan Pablo II pronunció estas palabras:

Ningún cristiano, es más, ningún ser humano que crea en Dios creador del mundo y Señor de la historia, puede permanecer indiferente ante un problema que toca tan íntimamente el presente y el futuro de la humanidad. Es necesario que todos se movilicen para ofrecer su propia contribución a la causa de la paz. La guerra puede ser decidida por pocos, la paz supone el compromiso solidario de todos. En esta perspectiva lanzo un apremiante llamamiento a todos los hermanos y hermanas cristianos y a todas las personas de buena voluntad para que se unan durante este año en una insistente y fervorosa oración para implorar de Dios el gran don de la paz. La Santa Sede desea contribuir a suscitar un movimiento mundial de oración por la paz que, sobrepasando los límites de las naciones individuales e implicando a los creyentes de todas las Religiones, llegue a abrazar el mundo entero.

Se trató de un encuentro que tuvo que sortear no pocas dificultades, fundamentalmente la de la imposibilidad de realizar una oración común. El propio Juan Pablo II, en la audiencia general del 22 de octubre de 1986, lo clarificó con estas palabras:

Ciertamente no se puede «rezar juntos», es decir, hacer una oración común, pero se puede estar presentes cuando los otros rezan; de este modo manifestamos nuestro respeto por la oración de los otros y por la actitud de los demás ante la Divinidad; y al mismo tiempo les ofrecemos el testimonio humilde y sincero de nuestra fe en Cristo, Señor del universo.

Y algunos años después, el cardenal Ratzinger aclaró este punto explicando que no se trató de una «oración interreligiosa» sino «multirreligiosa» (Comunità di Sant'Egidio, 2011, p. 65).

El encuentro de Asís reunió a 124 representantes: 62 cristianos y 62 no cristianos. No se trató de una conferencia interreligiosa en la que se discutían planes de paz, sino de una invitación al mundo a tomar conciencia de una dimensión trascendente de la paz, y de otro modo de promoverla: la paz es también el resultado de la oración. Esta es la premisa de lo que se ha denominado después como «el espíritu de Asís».

El encuentro se desarrolló en un solo día. Hubo un momento de saludo por la mañana, por la tarde cada tradición religiosa rezó en un lugar diferente de la ciudad y luego todos confluyeron en la plaza inferior de la Basílica de san Francisco donde unos al lado de los otros elevaron oraciones por la paz.

En el discurso final, Juan Pablo II expresaba con estas palabras el sentido de la jornada:

Quizá nunca como ahora en la historia de la humanidad se ha hecho tan evidente para todos el lazo intrínseco que hay entre una actitud auténticamente religiosa y el gran bien de la paz. [...] Juntos, hemos llenado nuestros ojos con visiones de paz: estas liberan energías para un nuevo lenguaje de paz, para nuevos gestos de paz, gestos que romperán las cadenas fatales de las divisiones heredadas por la historia o generadas por las ideologías modernas. [...] La paz espera sus artífices. [...] La paz es una tarea abierta a todos, no sólo a los especialistas, los sabios o los estrategas. Es una responsabilidad universal: pasa a través de miles de pequeños actos de la vida cotidiana.

El acontecimiento de Asís representó una forma completamente nueva de encontrarse los representantes de las religiones, muy diferente al de encuentros precedentes como por ejemplo el del Parlamento Mundial de las Religiones, que surgió en Chicago en 1893, caracterizado por una modalidad de congreso científico. Asís tenía una dimensión marcadamente religiosa, no porque las religiones se pusieran en el mismo plano sino porque ayudaban a los creyentes a ponerse en actitud de búsqueda de la verdad, de cambio de su corazón y de compromiso personal por la paz. Como dice Andrea Riccardi:

Asís manifiesta plásticamente algo del mensaje de Wojtyła: los cristianos no deben perder la identidad en relación con las otras religiones, pero estas pueden vivir juntas en paz, expresando su dimensión religiosa, que emerge sobre todo de la oración. Ese mensaje se convierte en una propuesta para el mundo contemporáneo, donde conviven personas de religión diferente (Comunità di Sant'Egidio, 2011, p. 63).

Asís no podía quedar sólo como la obra maestra de un día, debía continuar. Es lo que el mismo Juan Pablo II pidió a los representantes de las

religiones dos días después del encuentro, el 29 de octubre en Roma: «Sigamos difundiendo el mensaje de paz. Sigamos viviendo el Espíritu de Asís».

Después de Asís han sido varias las iniciativas que se han puesto en movimiento, con diferentes acentos. Una de las más significativas son los encuentros internacionales de oración por la paz en el Espíritu de Asís que la Comunidad de Sant'Egidio ha promovido cada año, a partir de 1987, y que han tenido lugar en diferentes ciudades de Europa y del mundo.

La Comunidad de Sant'Egidio ha continuado, por tanto, estos encuentros, introduciendo algunas novedades que los han enriquecido. En primer lugar, el acontecimiento no se desarrolla en un solo día, sino que transcurre a lo largo de tres días, asumiendo así los rasgos de una auténtica convivencia entre los participantes. Son tres días de reflexión, de debates y testimonios, además de encuentros personales que favorecen relaciones estables; y, por supuesto, un momento de oración. Por otra parte, además de los representantes de las religiones, también participan personalidades del mundo de la política y la cultura junto a un numeroso público.

Los discursos de la apertura invitan a los participantes a «leer» el momento histórico para captar los «signos de los tiempos» y «entrar» en la visión de unidad de la familia humana que sigue siendo el horizonte que preside el espíritu de Asís. Durante los dos días siguientes se desarrollan una multiplicidad de mesas redondas sobre temas muy variados donde se afrontan diferentes cuestiones relativas al diálogo interreligioso, al ecumenismo, pero también relativas a zonas de crisis y conflictos, cuestiones sobre la justicia, la paz, el desarrollo de los pueblos, el desafío ecológico, etc. A lo largo de estos debates afloran las aportaciones de las diferentes tradiciones religiosas y culturales que se confrontan de este modo de forma directa y concreta, y en un clima de amistad. Además, se escuchan también las voces del dolor, el lamento de los sufrimientos del mundo, a través de testigos que vienen de países que atraviesan graves dificultades. Por otra parte, la presencia del mundo laico, con exponentes del mundo de la política, intelectuales, economistas y hombres de ciencia, contribuye a que el horizonte de las religiones se extienda idealmente al de todos los pueblos y gentes.

El momento de la oración es un momento plural. No se pide que unos entren en la oración de los otros. Hay diferentes oraciones en lugares separados, según la tradición religiosa de cada uno. Es una oración multirreligiosa, como aclaró el cardenal Ratzinger. Pero el hecho de que unos y otros puedan reunirse en una misma ciudad permite visibilizar una geografía de la convivencia y la unidad.

Terminada la oración se hace una peregrinación silenciosa que atraviesa la ciudad, que confluye en una plaza histórica o representativa de ese lugar.

Es un signo visible del camino de todo hombre y de todo pueblo hacia la única meta, hacia ese único Dios que es padre de todos, como anuncia la tradición judeocristiana. No se trata de una convergencia sincretista, de hecho, el acto final NO es un acto religioso, sino el testimonio de una voluntad común de caminar por la senda de la paz. Durante el acto final se lee un llamamiento por la paz al que los diferentes representantes religiosos unen su firma.

Las diferencias no son un problema, sino que representan la geografía espiritual profunda del mundo. Y el diálogo no es algo de tipo académico, sino que se convierte en una forma de vivir cada día para miles y miles de creyentes.

Son días donde se ejerce el arte de encontrarse, de conocerse mejor, de hablarse y respetarse en la diversidad. Siempre se aprende algo del otro, siempre se vuelve con nuevas preguntas y enriquecidos por hacerse más partícipes del mundo de los demás. El diálogo así practicado, como se lee en el manifiesto final del encuentro por la paz que tuvo lugar el año 2000 en Lisboa:

No debilita la identidad de nadie, sino que provoca a todo hombre y mujer a ver lo mejor del otro y a enraizarse en lo mejor de sí. Nada se pierde con el diálogo. Todo es posible con el diálogo. El diálogo es la medicina que cura las heridas de la división y regenera en profundidad nuestra vida, liberándola de la patología de la memoria y abriéndola al futuro (Comunità di Sant'Egidio, 2011, p. 84).

Esta peregrinación lleva ya más de 30 años caminando por el mundo, podríamos afirmar que se trata de una auténtica comunidad de «buscadores de paz» que viene de historias, tradiciones religiosas y lenguas diferentes. Una comunidad que se asienta no sólo sobre la tolerancia y el respeto, sino sobre la amistad que se ha ido construyendo con fidelidad y perseverancia.

A lo largo de estos años son muchos los frutos de paz que se han cosechado, muchas iniciativas de paz que ha llevado adelante la Comunidad de Sant'Egidio en el mundo se han fraguado en estos encuentros. El mundo ha cambiado mucho en estos años. Con la caída del muro de Berlín en 1989 nacía la esperanza de un mundo nuevo, de un nuevo orden mundial con una paz más sólida. Había terminado la guerra fría, ¿no podía comenzar una nueva era de paz?

Sin embargo, no fue así, hemos asistido al estallido de numerosos conflictos a medida que la globalización se imponía dilatando los horizontes, pero sin facilitar la convivencia. Si antes los conflictos eran de tipo ideológico, surgen nuevos conflictos con motivaciones étnicas, económicas o de otro tipo, especialmente en África. La tentación del Norte del mundo sigue siendo la de retirarse y protegerse detrás de muros —a veces hasta físicos— mientras la desigualdad en el mundo no hace más que crecer. Armas

peligrosas caen en manos de grupos «oscuros», que ya no se identifican con los Estados, sino que responden más bien a redes mafiosas o terroristas. En este contexto las religiones a veces han quedado atrapadas en la lógica de los fundamentalismos, instrumentalizadas para avivar los conflictos...

Es cierto que encontrarse no siempre es fácil, así como dialogar no es espontáneo. Pero la experiencia de estos años de encuentros demuestra que la práctica del diálogo es un arte de la madurez de las culturas, de los pueblos y de los individuos. Y se presenta como un arte decisivo en este momento de la historia. Es un arte que los Papas que han sucedido a Juan Pablo II han seguido cultivando, desde Benedicto XVI que participó en varios encuentros, en 2007 y 2011 (en el 25 aniversario de Asís), hasta el Papa Francisco, que participó en el encuentro en 2016, en el 30 aniversario, en Asís. El Papa Francisco que, en el viaje a Birmania, mientras estaba reunido con una delegación interreligiosa del país el 28 de noviembre de 2017, dijo: «La paz se construye en el coro de las diferencias. La unidad siempre se da en la diversidad. Uno de ustedes usó la palabra armonía. Esa es la paz».

Por este motivo, recorrer el camino unos junto a otros, tratando de comprenderse y de animarse mutuamente para seguir buscando la verdad, da razón de lo precioso de este peregrinaje que, comenzando en Asís en 1986, sigue su curso todavía hoy a través de los caminos del mundo.

## REFERENCIAS

- Comunità di Sant'Egidio (2011). *Lo Spirito di Assisi: dalle Religioni una Speranza di Pace*. Milano: San Paolo.
- Jenkins, P. (2016). *La Storia Perduta del Cristianesimo*. Bologna: EMI.
- Papa Francisco (2017). Viaje apostólico a Myanmar: Discurso del 28 de noviembre de 2017 a líderes religiosos. <http://w2.vatican.va/content/francesco/es/events/event.dir.html/content/vaticanevents/es/2017/11/28/incontro-religiosi-myanmar.html>
- Papa Juan Pablo II (1986). Homilía del 25 de enero de 1986 con motivo de la finalización del octavario por la unidad de los cristianos. [http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/it/homilies/1986/documents/hf\\_jp-ii\\_hom\\_19860125\\_basilica-s-paolo.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/it/homilies/1986/documents/hf_jp-ii_hom_19860125_basilica-s-paolo.html)
- Papa Juan Pablo II (1986). Audiencia General del 22 de octubre de 1986. [http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1986/documents/hf\\_jp-ii\\_aud\\_19861022.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1986/documents/hf_jp-ii_aud_19861022.html)
- Papa Juan Pablo II (1986). Discurso del 27 de octubre de 1987 a los representantes de las iglesias cristianas, comunidades eclesiales y de las religiones mundiales reunidos en Asís. [http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/it/speeches/1986/october/documents/hf\\_jp-ii\\_spe\\_19861027\\_prayer-peace-assisi-final.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/it/speeches/1986/october/documents/hf_jp-ii_spe_19861027_prayer-peace-assisi-final.html)

Papa Juan Pablo II (1986). Discurso del 29 de octubre de 1987 a un grupo de representantes de religiones no cristianas. [http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/it/speeches/1986/october/documents/hf\\_jp-ii\\_spe\\_19861029\\_religioni-non-cristiane.html](http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/it/speeches/1986/october/documents/hf_jp-ii_spe_19861029_religioni-non-cristiane.html)

Papa Pablo VI (1964). Peregrinación de Pablo VI a Bombay: Discurso del Santo Padre a los representantes de las religiones no cristianas. [https://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1964/documents/hf\\_p-vi\\_spe\\_19641203\\_other-religions.html](https://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1964/documents/hf_p-vi_spe_19641203_other-religions.html)